

HAYEK (F. A.): *Gli intellettuali e il socialismo*, en «Il Politico», año XX, número 1, mayo 1955, págs. 5-25.

En todos los países democráticos, incluso en los Estados Unidos, predomina la opinión de que el influjo de los intelectuales en la política no es demasiado grande. Esto es indudablemente verdad en lo que se refiere al poder de los intelectuales para influir en las decisiones políticas con sus opiniones particulares del momento, pero no en la medida en que ellos pueden orientar el voto popular. Es más, probablemente los intelectuales no han ejercitado jamás en tales países una influencia parangonable a la de hogaño. Tal poder está en sus manos en cuanto contribuyen a plasmar la opinión pública. Precisamente el autor de este artículo observa cómo el desarrollo político del mundo occidental ha estado dominado en los últimos cien años por los intelectuales.

Justamente el socialismo en especial no ha sido nunca un movimiento originado por la clase obrera, y en la primera fase de su desarrollo ha tenido influencia sólo en los círculos de los intelectuales más activos. El término «intelectual» no da una imagen inmediata de la clase a la que nos estamos refiriendo, y el hecho de que no dispongamos de un nombre mejor no es la mínima entre las razones de que su poder no sea mejor comprendido. Su función no es la del pensador original ni la del estudioso o la del experto en un campo particular del pensamiento. El intelectual típico no tiene necesidad de ser ni una ni otra cosa; lo que lo califica como tal es la amplia gama de argumentos en torno a los cuales está presto a hablar o a escribir y, además, una posición a cuyo través viene en conocimiento de las nuevas ideas. Los intelectuales, en el sentido del término que aquí adoptamos, son un fenómeno histórico recentísimo.

La justa comprensión de las razones que inducen a numerosos intelectuales a inclinarse al socialismo son de extrema importancia, precisamente porque no son ni intereses egoístas ni intenciones malvadas, sino por lo común convicciones honestas y buenas intenciones. Realmente es necesario reconocer que cuanto más influye la buena voluntad y la inteligencia en la actitud del intelectual típico, con tanta mayor proba-

bilidad es socialista. Dos puntos nos ayudarán a conocer esta peculiar inclinación de un vasto sector de los intelectuales. Primero, que juzgan generalmente todos los problemas particulares a la luz de algunas ideas generales; segundo, que los errores característicos de cada época derivan a menudo de auténticas verdades nuevas descubiertas por ella y son aplicaciones erróneas de nuevas generalizaciones, y, por tanto, su refutación efectiva requerirá normalmente un progreso intelectual ulterior.

El pensamiento socialista debe sobre todo a su carácter visionario el atractivo especial que ofrece a los jóvenes y su tendencia a la utopía falta evidentemente al liberalismo tradicional. Esta diferencia actúa a favor del socialismo no sólo porque especular en torno a principios generales tiende a estimular la imaginación de los que no poseen un profundo conocimiento de los hechos de la vida diaria, sino también porque colma un legítimo deseo de comprender las bases racionales de todo orden social. El intelectual por temperamento se desinteresa de los detalles técnicos o de las dificultades prácticas; le atraen las amplias visiones, la comprensión total del orden social que promete un sistema planificado. La importancia de la atracción que por su carácter especulativo ejerce el socialismo sobre los intelectuales se aclara al contraponer la posición del teórico socialista al de su opositor liberal en el viejo sentido de la palabra.

La conclusión del autor es que los liberales deberían aprender del socialismo con el fin de conquistar el apoyo de los intelectuales asegurándose así mediante ellos un hondo influjo sobre la opinión pública. Lo que actualmente falta al liberalismo es, ni más ni menos, una utopía liberal. Hay que ofrecer un programa liberal nuevo capaz de atraer a la imaginación. Debemos hacer de la construcción de una sociedad libre una aventura intelectual.—S. DEL C.

NICHOLAS (A. G.): *Intellectuals and Politics in U. S. A.*, en «Occidente», año X, núm. 1, enero-febrero 1954, páginas 39-53.

La pregunta «¿Cuáles son las relaciones en los Estados Unidos entre la clase intelectual y la clase dirigente?»